

NABEY TOKIK, por *Francisco Barnoya Gálvez*. (Prólogo de L. A. Sánchez). Editorial Nascimento. Santiago, 1937.

El título de este libro—palabras de un dialecto maya—significa en buen castellano «Primera cosecha». Y es, en realidad, la primera obra del escritor guatemalteco, Barnoya Gálvez, que reside en Santiago y ha cursado Derecho en la Universidad de Chile.

Ha elegido este escritor, para iniciarse en las letras, el difícil género del Hai-Kai, que con tanta justeza definió en tres versos su coterráneo Flavio Herrera:

Emoción. Síntesis. Bruma.
Todo el milagro del mar
en una gota de espuma.

Y es lógico que en libro de tal naturaleza no pueda pedirse el hallazgo continuado. Bástenos con tomar, de aquí y de allá, algunos aciertos que revelan su maravilloso don de síntesis:

El tigre. Usa vestidos con rejas
para encarcelar su furia.

Barco de vela. ¿Se están secando al sol
las sábanas de la tripulación?

Enredaderas. Son chiquillos malcriados
a quienes les encanta
subirse a los tejados.

El Hai-Kai no ha tenido en Chile escritores que lo cultiven. ¿Falta de imaginación o desprecio infundado por esta

acrobacia literaria? Con su frescura y su liviandad, este escritor guatemalteco bien podría dar lecciones de ingenio al bullado Ramón Gómez de la Serna.—C. P. S.

LITORAL DEL SUEÑO, poemas de Carmen Alicia Cadilla. Imprenta Venezuela, San Juan, Puerto Rico, 1937.

Si con sus «Canciones en flauta blanca», libro de versos publicado en 1934, se ganó Carmen Alicia Cadilla el primer sitio entre las mujeres poetas de Puerto Rico, éste de ahora habrá de colocarla entre las grandes líricas americanas.

A la sencillez de expresión ha unido en esta obra un sentido panteísta del mundo, que ennoblece su canto. No cree esta mujer, como tantos poetas y críticos de la moda en uso, que la poesía sea un continuo rodar de imágenes y de imágenes, sin hilación casi siempre y atrapadas en difícil cacería, ciñéndose estrictamente a recetas de maestros que sentaron cátedra entre asustadizos sin personalidad. Carmen Alicia tiene la certidumbre de que la poesía es permanencia, así como suena, y no agilidad sin resonancia interior.

Copiaremos aquí dos de sus poemas para que los lectores de «Atenea» la conozcan en aspectos bien diversos de su talento poético:

REDOMA DE INFINITOS

Estoy ardiendo en sombras,
los fuegos de mí misma.
Siento bajo mis pies,
un abismo de astros.